



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º — NÚMERO 47.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

La casa de Nazaret, de la Revista *Los PP. Corazones*.—
La Tempestad, poesía por don Ricardo de Santa Cruz.
—**El compadre Felipe**, por don R. Milan y Navarrete.
Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA CASA DE NAZARET.

(Conclusion).

Camino de la fuente iba el Niño Jesús con el cantarillo en la mano y en los labios la sonrisa.

Sus cabellos rubios, que caian peinaditos á uno y otro lado de su cabeza, hacian resaltar la blancura de su rostro, más bello que el de un serafin. La túnica de lino que le habia tejido su santa Madre le venia ajustadita á su cuello de marfil, y le caia desde las espaldas hasta los piés con una gracia inimitable.

Dicen que á primera vista se conoce si un niño tiene ó no madre: todo el mundo sabe en qué. Se conoce en su vestido, en su rostro, en sus cabellos, en sus modales, en todo su exterior.

¡Ojalá no se conociese tambien su corazon! Hijos míos, si algun dia Dios dispusiese de mí y os quedáseis sin madre, no quisiera que se conociese en vuestro exterior; pero si ha de conocerse en vuestro corazon, mejor quisiera que muriéseis conmigo, y los cuatro nos iríamos juntitos al cielo.

El Niño Jesús iba tan aseadito, que á primera vista se conocia que tenia Madre. Lo decia su cabello, lo decia su vestido, su rostro, su compostura, y sobre todo lo decia su Corazon dócil, humilde, caritativo; porque aunque es verdad que el Niño Jesús no necesitaba las lecciones de su Madre, tambien lo es que la Virgen santísima se las daba, y que Él las escuchaba, y que nunca dejaba de obrar segun tan excelentes documentos. Y cuenta, hijos míos, que la Virgen educaba á su divino Hijo, no tanto con las lecciones de la boca, cuanto con las lecciones del ejemplo, que es el lenguaje mudo que sale del corazon y habla al corazon, y por esto á la vista del mundo el Corazon de Jesús iba saliendo tan parecido al Corazon de su divina Madre.

San José habia hincado el último clavo en

aquella bendita puerta que tanto le habia dado que sudar, y al extender sobre ella la mirada del artista que ve su obra completa, oyó en el interior de la casa aquel ruido particular con que se prepara una mesa.

Aquel ruido penetró hasta el fondo de su corazon, pensó en su tierna Esposa, pensó en el dulce Niño que habia salido por agua, y se quedó mirando la puerta, pero sin verla claro; porque las lágrimas habian asomado á sus ojos. Lloraba, no sé si de consuelo por verse tan amado de Jesús y de Maria, ó de confusion por ver cuanto se esmeraban en servirle. De todos modos lloraba porque tenia el corazon de niño, aunque sus manos eran callosas y sus cabellos no eran ya todos negros. Hijos míos, en el mundo encontrareis hombres cubiertos de canas y curtidos por el trabajo, y sin embargo conservan niño el corazon; en cambio encontrareis jóvenes de rubio cabello y de cutis muy fino y delicado, que tienen el corazon carcomido de puro viejo. Es que el corazon, hijos de mi alma, no envejece con los años, sino con los vicios.

Cuando el Niño Jesús estuvo de vuelta, su santísima Madre habia echado sobre la mesa un mantel más blanco que la nieve y habia colocado sobre ella una comida muy frugal; pero estaba todo tan bien dispuesto y aseado, que podia llevar ventaja á la mesa más rica y suculenta. Y se la llevaba porque la Virgen era madre y esposa, y el amor de madre y de esposa tiene para disponer bien la mesa un secreto que vosotros, hijos míos, todavía no conoceis: además, habia en todo lo que hacia la Virgen santísima no sé qué cosa celestial, que sin duda debia ser el aroma que difundian su santidad y sus preciosas virtudes; así que aquella mesa sencilla y frugal tenia un encanto inexplicable. Nada faltaba en ella más que el cantarillo de agua fresca, cuando llegó el Niño y lo colocó en su lugar con toda la gracia y oportunidad del mundo.

Sentáronse á la mesa y bendijeron á Dios; y cuando la Virgen con toda modestia y amabilidad iba á repartir la escasa comida, hé aquí que un pobre viejo se acerca á la puerta diciéndo en tono lastimero:

—El gozo del Señor sea en esta casa. Hermanos, dad una limosna á un pobre viejo, que Dios os lo pagará en el día de la necesidad.

Nadie habló una palabra; pero Jesús se levantó, y la Virgen, haciendo cuatro porciones en vez de tres, puso una de ellas en las manos del Niño junto con un pedazo de pan,

todo lo cual en menos de dos minutos estuvo en las del pobrecito viejo.

El Niño Jesús fijó sus ojitos rasgados en el rostro del pobre, y le vió cubierto de llagas; pero penetró hasta en su alma, y la vió muy pura y muy limpia. Esta mirada fué tan dulce para el viejo y dijo tantas cosas á su corazon, que se quedó extático contemplando á aquel Niño tan hermoso, sin acertar á recoger la limosna de aquellas manecitas tan blancas y bien torneadas.

—Bendito seas,—iba á decirle; pero antes de terminar la frase tuvo la contestacion en el secreto de su alma, donde oyó una voz muy dulce que decia: *Benditos son los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Desde entonces el viejo no hubiera cambiado su suerte por ningun rico del mundo. Caminando con mucha pena fuése á una ciudad cercana, se recrudecieron sus llagas, y no pudiendo dar un paso más, sentóse á la puerta de un gran palacio. Allí deseaba en silencio que se le diese de las sobras de la mesa opulenta, y nadie se las daba, porque el dueño del palacio no tenia corazon. Solamente los perros, más compasivos que los hombres, se le acercaban para lamer sus llagas; y á pesar de su miseria el pobre viejo era feliz, recordando aquellos ojitos rasgados que habian hablado á su alma, y aquellas palabras que conservaba en el fondo de su corazon: *Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.*

Yo no sé, hijos míos, lo que Dios tiene dispuesto sobre vosotros; solamente sé que todos los días le pido con toda mi alma que, si disponiendo de muchas riquezas habeis de imitar la conducta del rico Epulon, prefiero veros pobres y miserables; pero animados de la dulce esperanza del viejo Lázaro.

Vuelto el Niño Jesús á la mesa, empezaron aquella comida, que, si era muy frugal, era tambien muy sabrosa. ¿Cómo no habia de serlo, aderezada por tan divinas manos? El pobrecito viejo con quien la compartieron dió lugar á sazonarla con una santa conversacion sobre las excelencias de la limosna.

El Niño Jesús eseuchaba con encantadora atencion en boca de San José los elogios que de la limosna hicieron los antiguos Patriarcas, y la cordialidad con que la practicaban; más de repente se corta la conversacion y los dos santos Esposos quedan como arrobados en profundo éxtasis. Vieron en espíritu á su santísimo Hijo, que sentado sobre un trono de gloria y majestad, formado por una nube res-

plandeciente, decia á todas las generaciones congregadas á sus piés: *Lo que hicisteis con los pobres, conmigo lo hicisteis.*

Cuando volvieron en sí de aquel arrobamiento dieron una dulce mirada al Niño, cuya fisonomía permaneció inalterable, no acabando de admirarse de ver con cuanta humildad Él, que es dueño de todos los tesoros del cielo, quiere ser representado por la persona del pobre de la tierra.

Hijos míos, cualquiera que sea en el mundo vuestra posición, acordaos de que la bondad de Dios nos ha puesto en la feliz alternativa, ó de representar á Jeucristo, ó de socorrerle; y si el reino de los cielos es de los pobres, también es de los misericordiosos.

Terminado que hubieron la comida y la santa conversacion, Jesús, María y José cruzaron las manos sobre el pecho, y elevaron al cielo sus ojos para dar gracias á Dios. Las arpas de los Querubines enmudecieron por algunos momentos, porque del fondo de la tierra subia hasta el trono del Altísimo un concierto de armonías mucho más grato en su presencia.

(Revista de los PP. Corazones).

LA TEMPESTAD.

¡Ay! cuál cubren del cielo la techumbre
Mil nubes impregnadas
De eléctrico fluido!

¡Ay! cuál brilla la lumbrera
De cárdenas lumbreras inflamadas,
Que vierten rayos mil que el éter llenan!

¡Ay! cuál braman airados
Potentes aquilones,
Que con sus raudos giros abrasados
Simulan cual alientos infernales
Que el mundo envolver quieren
Con sus negros cendales.

El ponto brama horrendo
Levantando montañas espumosas,
Que chocan con estruendo,
Derrumbando las peñas, temerosas
Del poder de su brío:
Audaz alzando la cerviz, el río
Marcha por cauce ignoto
Y corre á la merced de su albedrío,
Sepultando los valles y los llanos;
Retumban los alientos soberanos
De los brillantes fuegos;
La esfera se retiembla resentida
Al peso del furor que dentro encierra;
La muerte quiere destruir la vida,

El cielo quiere destruir la tierra:
Sí: la tierra se mueve vacilante
Con su eterno rugido amenazante!

Choca por fin el rayo con el rayo,
El viento con el viento,
Y con débil desmayo
La lluvia destrenzada
Se desprende del alto firmamento.

Después de tal espanto,
De desequilibrio tal en la natura,
Se abre la niebla oscura
Que el cortinaje azul del cielo empaña,
Y se aplaca la saña
Del eléctrico dardo;
Cesa la furia de la mar alzada,
Y en la terrena esfera
Todo es silencio y paz, cesa el ruido
Por el génio del bien ya comprimido.

El sol, resplandeciente
Muestra dorada frente
Y con calor que de su lumbrera mana,
Vivifica la vida decadente;
El iris con sus tintas engalana,
La bóveda del cielo,
Para dar esperanzas y consuelo;
Arrogantes levántanse las flores
Con sus bellas corolas,
Pues miran ya lejanos los furores,
Y al Ser Omnipotente
Le mandan una ofrenda
Perfumando los giros del ambiente:
Libres ya de pavor, lanzan al viento
Henchidas de contento,
Las aves, el raudal de su armonía,
Y la natura entera
Sonríe de ventura
Y su cántico eleva hasta la altura.

Ricardo de Santa Cruz.

Madrid, Abril, 1876.

EL COMPADRE FELIPE.

I.

Era una noche tormentosa del invierno de 1576. La luna, dejando escapar sus rayos de entre las pardas nubes que la cercan, dibuja de vez en cuando en la sombra las altas torres y retorcidas callejuelas de una gran ciudad. Es Granada. Granada, revestida aun de toda su magnificencia y arrullada por los recientes recuerdos de su grandeza. Lejos, bien lejos, existen sus antiguos moradores, regando con lágrima

mas de desesperacion las ardientes arenas de África; tributo amargo dedicado á la memoria del paraíso que perdieron. El leon español pasó su garra sobre la antigua torre de la *Vela*, y á su rudo contacto desapareció la enseña de Mahoma, quedando en su lugar triunfante y orgulloso el estandarte del Crucificado. Este cambio aniquiló para siempre la media luna musulmana, arrebatando no pocos de sus mejores guerreros á los monarcas de Castilla.

Después de muchas y violentas agitaciones, Granada admitió por fin el yugo de sus dominadores, y en la noche de que hablamos yacía tranquila y silenciosa, como desafiando la próxima tormenta que la amenazaba.

Por una de sus principales calles, que aun hoy se llama de *Elvira*, por ser la salida usual para la famosa sierra de este nombre, se dirigian dos bultos al parecer hacia el interior de la ciudad, que falta de alumbrado ofrecia mil peligros para los que osaban recorrerla en las altas horas de la noche.

Por lo que se podia distinguir á la fosfórica luz de los relámpagos, el de mas estatura era un caballero como de cuarenta años, embozado en una gran capa que le cubria, y cuyos ojos, á pesar de la oscuridad, parecian algunas veces animados por una luz extraordinaria.

Daba las doce el reloj de la magnífica iglesia metropolitana, cuando al pasar los dos embozados frente á la parroquial de San Andrés, advirtieron que en una pequeña casa contigua á ella, las ventanas de un piso bajo dejaban escapar por sus resquicios una luz escasa y amortiguada. No era esto digno de llamar la atención, á no ir acompañado de unos quejidos débiles como de un niño recién nacido, y de otros aun mas fuertes, que revelaban una situación desesperada en el que los proferia.

Acercáronse nuestros dos desconocidos, y el que al parecer tenia mas autoridad, mandó á su compañero que llamase á la puerta, con el fin de saber la causa de los desconsoladores ayes que se escuchaban.

Obedecióle, aunque á su pesar, y al tercer golpe que dió, cuando ya su vibración se iba perdiendo en el espacio, una voz varonil respondió desde dentro, y abriéndose la puerta se asomó á ella un hombre joven aun, pero acabado por los padecimientos.

Al ver las figuras poco sospechosas de los dos caballeros, les invitó á que entrasen, conceptuando que quizá podría servir de algo á los que tan á deshora le visitaban.

—Buen hombre, le respondió el mas alto, no ha sido nuestro intento incomodaros. Oímos los

lamentos que salen de vuestra casa, y á fuer de hidalgos y españoles, deseamos socorrer á nuestros hermanos. Si está al alcance de los hombres aliviar vuestra desventura, sea cualquiera su causa, yo estoy dispuesto á haceros ver que la Providencia no está lejos, aun en los momentos mas aflictivos. Hablad.

—Larga seria esa relacion, generoso caballero, y requeriria otro lugar mas digno de vuestra merced. Pero ya que no quereis honrar mi pobre habitacion, os haré un sucinto relato de mi angustioso estado. Soy artesano y esposo de una infeliz que yace en este momento en el lecho, agobiada por una cruel enfermedad. Hace varios dias que me hallo falto de trabajo, y en ese intervalo mi mujer ha dado á luz un hijo, que en otros momentos hubiera sido mi felicidad, pero que ahora es causa de mi desventura.

—Extraña contradicción, exclamó el caballero; explicaos.

—Es que, prosiguió el artesano como temeroso de pronunciar lo que le faltaba; es que por mi falta de medios, ese hijo que debia hacer mi felicidad en este mundo, está próximo á salir de él, sin que lo purifiquen las aguas del bautismo. Señor, hace ocho dias que vive, y aun no ha entrado en el gremio de la Iglesia, por falta de un poco del despreciable metal para comprar ese derecho.

—Cómo! y tampoco confiado sois, que dudais de la caridad evangélica de los sacerdotes de Jesucristo? Recurrid á ella y dareis ocasion á que se ejercite uno de los mas sagrados deberes que impone la religion de sus ministros.

—Señor, os engañais. Mis ruegos para lograr lo que imaginais tan seguro, han sido inútiles. El cura de la parroquial cercana, duro como las losas de su templo, ha rechazado mis lágrimas, me ha cerrado las puertas del santuario, y no ha querido administrar á mi hijo el sacramento, hasta tanto que le satisfaga sus derechos.

El sello de la verdad iba impreso en estas palabras. El caballero conmovido al parecer, reflexionó un rato y luego dirigiéndose á su compañero,

—D. Pedro, le dijo, mañana dispondreis lo necesario para que con arreglo á mi clase se practique la sagrada ceremonia. Y tú, añadió dirigiéndose al mancebo, ve si aceptas el ofrecimiento que te hago de ser padrino de tu hijo.

—Señor, respondió el agradecido artesano; si en algun tiempo pude dudar de una Providencia que me abandonaba en los momentos de dolor, hoy conozco su mano en las palabras de consuelo que generosamente me dirigís. Cualquiera que seais, noble ó pechero, honrado ó delin-

cuenta, acepto vuestra oferta, como emanada de una voluntad suprema; y en pago de ella me reconozco en cuerpo y alma vuestro esclavo.

—Cuál es el arte en que te ejercitas? preguntó el caballero, advirtiéndole esparcidas por el portal algunas herramientas que le eran desconocidas.

—Soy tornero, é hijo del mejor maestro que en dicho oficio se ha conocido en la ciudad.

—Pues bien, toma para remediar tus mas urgentes necesidades, y olvida que aun por un momento dudaste de la imparcial justicia del que lee hasta en lo mas profundo de tu corazon la ardiente fé con que le bendices.

Esto dijo alargándole un bolsillo lleno al parecer de oro, segun el sonido argentino que dejó escapar pasando á la mano del sorprendido tornero.

—Hasta mañana á la hora de la ceremonia, añadió el caballero despidiéndose con un saludo majestuoso.

—Hasta mañana, repitió el artesano; y queriendo añadir algunas palabras de agradecimiento, tendió la vista á su alrededor y se encontró solo, como si todo cuanto habia visto y escuchado hubiese sido un sueño.

Los dos caballeros habian desaparecido; pero el bolsillo que aun se hallaba en su mano, dejaba conocer bien á las claras que era real y efectivo el diálogo que acabamos de referir.

De allí á pocos momentos la calle de Elvira se hallaba silenciosa como una tumba. Solo de vez en cuando se oia el cóncavo bramido de la tormenta que se alejaba.

II.

Magnífica y suntuosamente decorada se hallaba la nave principal de la iglesia de San Andrés en la noche siguiente á aquella en que principia nuestra historia. Brillantes arañas sosteniendo innumerables bujías de blanca cera, reflejaban en las losas del pavimento mil caprichosas figuras, que solia desvanecer el paso precipitado de algun sacerdote, dirigiéndose hácia el presbiterio para prepararse á la ceremonia. En una de las capillas próxima á la puerta de entrada, el lujo sagrado habia recurrido á toda su magnificencia, para deslumbrar á los que presenciaban tan misteriosos preparativos.

Infinidad de preciosos cuadros y ricas colgaduras de damasco cubrian sus paredes, y en medio de ella sobresalia como un símbolo de pureza, la blanca pila cuyas aguas borran la imagen del pecado. Los sonidos metálicos de las campanas que repicaban á vuelo y que en alas del

viento se extendian hasta los confines de la ciudad, llamaba la atencion de sus moradores, que se dirigian solícitos hácia el templo, ignorantes de la solemnidad que se preparaba.

Hasta para las personas que indudablemente habian de hacer un papel principal en ella, era un secreto cuál fuese el niño á quien la Iglesia iba á hacer tan ostentoso recibimiento. Al cura le habian dado las órdenes y el oro suficiente para cumplirlas, y recorria en vano su memoria, tratando de adivinar un nombre que pudiese aclararle los acontecimientos que preveia.

La multitud veia con impaciencia trascurrir los instantes. Solo faltaban los personajes principales para la ceremonia, cuando el tornero y una parienta anciana conduciendo á un niño en sus brazos, atravesaron la puerta de la parroquia de San Andrés. Á vista de la imponente perspectiva que se les presentaba, se habian detenido junto al umbral, retratándose la mayor sorpresa en el rostro del mancebo.... Pero una voz amiga que recordó haber oido la noche anterior pronunció la palabra «adelante,» y como si hubiese sentido el contacto de una barita mágica, el tornero atravesó la multitud yendo á situarse en medio de la capilla, con no poco asombro de los que aguardaban en su lugar algun poderoso magnate. Un caballero cubierta la faz con el emboso se hallaba á su lado, y el cura prevenido de que el pobre artesano á quien pocos dias antes habia negado su auxilio, era el que ahora ostentaba tanto boado, se preparaba para cumplir los sagrados ritos.

Los ecos de las capillas y de las bóvedas repitieron las sonoras voces del órgano. En aquel momento se daba principio á la ceremonia.

Breve fué su duracion. Habia llegado la hora de saber el nombre del padrino á quien se atribuia la gloria de ser el autor del lujo y la magnificencia desplegada. El párroco pasó á extender la partida y escribió hasta el momento de preguntarlo.

Entonces salió el embozado caballero del grupo en que se ocultaba, y se fué acercando lentamente hasta dominar la multitud.

Á las dos primeras preguntas que se le dirigieron, contestó llamarse Felipe, sin descubrirse ni añadir su apellido segun costumbre.

La multitud aguardaba ansiosa el desenlace. El sacerdote sorprendido y aun irritado por esta falta, repitió con voz alterada la fórmula de *Fué su padrino....*

—Felipe, volvió á repetir el desconocido.

—De qué? insistió el cura con acento que en vano quiso hacer firme.

—*Felipe II, rey de España y de sus Indias,*

contestó aquel á quien se dirigia, y tirando el embozo descubrió á los ojos de los atónitos circunstantes la severa faz del hijo de Carlos I.

Imposible es pintar los diferentes efectos que produjeron aquellas palabras. El sacerdote herido súbitamente como de un rayo, cayó contra las losas del pavimento, y al intentar levantarlo vieron que habia lanzado el último suspiro, á causa sin duda de tan repentina revelacion.

La sorpresa se retrataba en todos los semblantes. El tornero, confundido por el inesperado honor que recibia su hijo, contrayendo tan estrecho vínculo con el poderoso monarca de dos mundos, no osaba ni aun respirar, temeroso de ver desaparecer como el humo un sueño tan lisonjero.

La partida acabó de extenderse por el beneficiado de San Andrés, y la comitiva se dirigió silenciosa hácia la casa del tornero.

De allí á pocos momentos el gran rey atravesaba el umbral de la humilde habitacion donde reposaba la madre del nuevo cristiano.

III.

Han trascurrido algunos años desde los acontecimientos que acabamos de referir. Contiguo á la parroquial de San Andrés se ostenta una magnífica casa edificada al gusto de la época, y cuyos pisos bajos están adornados de suntuosos aparadores, donde se admiran las mas caprichosas y exquisitas obras de tornería.

Un hombre, en cuyo semblante rebosa el convencimiento de su propia felicidad, se entretiene en pasar su mano por la blonda cabellera de un hermosísimo adolescente.

Los lectores habrán conocido en el primero al pobre artesano que figura muy principalmente en esta historia, y que á la sazón, rico y feliz, era uno de los agentes secretos que en cada poblacion mantenía la política de Felipe II.

El niño á quien tanto cariño demostraba, era el mismo á quien sirvió de padrino su monarca, en uno de aquellos momentos en que el corazón está predispuesto á los instintos generosos.

Nadie al oír al rico artesano hablar del compadre de su hijo, podría ni aun remotamente figurarse, que se refería al gran rey, en cuyos dominios jamás se ocultaba el sol, segun expresiones de un escritor contemporáneo. (1).

R. Milan y Navarrete.

(1) Hasta hace pocos años, en que un incendio destruyó el archivo de la parroquial de San Andrés, se encontraba en sus libros de asientos una partida, cuyo tenor principal era el siguiente.—Yo D. F. de T.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—¿Todo? preguntó Elena con voz vibrante.

—Sí, te lo ofrezco.

—Padre mio, padre mio, no me haga V. concebir una esperanza para verla frustrada despues: no me haga V. entrever la alegría para quedar luego sumida en tristeza mayor.

—Te juro por el cariño que te profeso, por la ternura y la admiracion que has inspirado á mi alma, que haré lo que desees, que accederé á tu peticion.

—¡Oh madre mia! exclamó Elena juntando sus manos con fuerza; si esto es cierto, alégrate en tu tumba, porque vas á ver desde el cielo cumplido los votos de tu alma.

—¡Qué dices! preguntó Héctor sobrecogido por aquel singular acento.

—Que yo le pido á V. de rodillas una sola cosa; solo una y es imposible que me la niegue porque me ha empeñado su palabra. Que yo le pido á V. que crea en Dios, y la fé y el amor van á descender á su corazón.

La jóven habia caído de rodillas y alzaba sus manos cruzadas en señal de súplica y de afán.

En su mirada habia algo de santo, algo de divino que nosotros no podemos explicar.

Su frente, cobijada en aquel instante bajo las alas del Ángel de su guarda, bajo las alas del Ángel custodio de su padre, reflejaba la expresion amante del uno, el ademán anhelante del otro, y la esperanza infinita de ambos.

Héctor la miraba asombrado, mudo, estático, estremecido, sin saber lo que pasaba en su alma.

Nosotros tampoco podemos decirlo.

Pero vale tanto el ruego de la inocencia ante Dios, hay tanta influencia en la súplica de una hija que pide llorando por su padre, que Dios sin duda no puede resistir á ella, y concede gracia y concede piedad.

cura párroco de la parroquial de San Andrés de esta ciudad, bauticé solemnemente á Felipe, Juan, María de la Encarnacion Jimenez, hijo etc. Fué su compadre..... Aquí habia un gran borron como si la pluma hubiese caído de la mano que la sostenia. En seguida continuaba de otra letra: *Fué su compadre el Sr. D. Felipe II de Austria, rey de España y de sus Indias.*

La partida comenzada por el cura, estaba firmada por el beneficiado á causa, segun explicaba una nota, de haberle producido la muerte tan repentina é inesperada revelacion. Este es el fundamento histórico de cuanto acabamos de referir (N. del A.)

Al corazón de aquel hombre irreligioso é incrédulo, pero ablandado ya con el calor del cariño filial, descendió sin duda un rayo de luz: á su alma, fría y escéptica hasta entonces, bajó una chispa de ardiente fé: creyó que la religión católica, que habia podido hacer una mártir de Consuelo, y un ángel de su hija, era la única que podia hacer de él un pecador arrepentido. Alzó á Elena entre sus brazos, mezcló sus lágrimas á las que ella vertía, y murmuró con toda la efusión de un corazón que rebosa ternura:

—Hija, hija mia, ten confianza; ¡quién sabe si tu fé podrá aun iluminar mi espíritu!

—Padre, un ruego aun, mi hermana va á unir su suerte á Ricardo y Ricardo es católico.

—¿Él?

—Sí señor! hace mucho tiempo. Ahora bien, V. sabe, V. debe saber lo que cuesta la diferencia de religión entre dos personas ligadas eternamente. V. recordará que esta fué la inmensa desgracia de mi madre, y yo no quiero, no puedo permitir que mi hermana y Ricardo penetren en el mismo hogar llevando en el alma distintas creencias: no, padre, no; tarde ó temprano se verían desunidos, tarde ó temprano serian muy infelices!

—Y qué deseas?

—Que Fanni, antes de ceñir á sus sienes el velo nupcial, la santifiquen con las aguas del bautismo, que sea católica como el que va á ser su esposo lo es.

—Y yo ¿cómo he de hacer...?

—Ella ama á Dervil y aceptará, por este amor en un principio, y por convicción despues, este cambio que asegurará su ventura: además, Fanni es pura, es generosa y digna: á su alma virginal y perfecta, solo le falta un rayo de fé. ¿Quiere V., padre mio, que yo me encargue de hacerlo brillar á sus ojos?

—Sea como quieras! la amo tambien demasiado para consentir que sufra lo que sufrió Consuelo!

La llegada de Fanni cortó la palabra con que Elena iba á responder á Héctor.

La jóven venia radiante de júbilo.

Dervil acababa de enviarla el regalo de boda, y su doncella habia quedado en el tocador abriendo las cajas que le contenian, mientras ella habia venido por su amiga para ver, unidas, el traje de desposada, que sin duda contenian.

En la alegría de la futura esposa de Ricardo, no pudo notar la agitacion de su padre, ni el llanto reciente que acusaban los ojos de su hermana.

Salieron, pues, las dos de la estancia, dejando al banquero solo.

María habia sacado de una magnífica caja, forrada de moaré azul, un traje de blonda blanco, y un amplio velo, blanco tambien. El aderezo de brillantes era de una riqueza y de un gusto inimitable, siendo gruesos brillantes tambien los que semejaban gotas de rocío, caídas sobre las flores de la corona de azahar. Un estuche de terciopelo blanco quedaba aun en el fondo de la caja, y la doncella pugnó por abrirlo sin poderlo conseguir.

—Dame acá, exclamó Fanni con su natural viveza; dame acá.

Y oprimiéndolo en sus pequeñas manos, hizo saltar la tapa, dejando descubierto un precioso devocionario, con tapas de oro, y un bello rosario de gruesas perlas engarzadas en oro tambien.

Fanni se quedó un instante suspensa; miró aquel libro como un objeto de arte, y movió entre sus manos el rosario, murmurando al par:

—¡Qué inexperado presente!

—¿No te gusta? la preguntó Elena que lo habia observado todo.

—Oh! sí; pero....

—¿Te parece extraño que Ricardo lo ponga en tus manos?

—Te confieso que sí.

—Pues yo lo comprendo muy bien.

—¡Tú! explícate.

—Haz que nos quedemos solas.

Fanni alejó á su doncella con un pretexto, y dijo de nuevo á su amiga:

—Explícate, yo te lo ruego.

—Fanni, tú amas mucho al hombre que vá á ser tu esposo, ¿es verdad?

—Con toda mi alma.

—Pues bien, amiga mia, Ricardo es católico y anhela, sin duda, que tú lo seas al mandarte, ese libro, protexto elocuente de sus creencias, y ese rosario, símbolo de su amor á la Madre de Dios, estrella purísima del cristiano.

—Cambiar yo de culto! murmuró Fanni turbada.

—Sí: esa es acaso la base de tu dicha futura, ese es lazo que ha de ligar con fuerzas mas eternas tu alma al alma de Dervil.

—Pero tú sabes....? quién te ha dicho...?

Elena vaciló un instante. Sus labios eran demasiado puros para mancharse con la mentira; pero en aquel momento se vió precisada á recurrir á ella.

—Carlos, murmuró, es su amigo, y él lo sabe hace tiempo.

—Entonces.... pero qué importa á Ricardo mi creencia? no sabe por ventura que mi corazón es suyo? ¿acaso influirá para nada en mi amor sa-

ber hoy que su religion es otra que la mia? No; él no exigirá eso de mí; él dejará que yo practique las máximas que aprendí en mi niñez, y las respetará como yo respetaré las suyas.

Elena movió tristemente la cabeza y exclamó:

—Muchas veces me has preguntado por mi madre y jamás he querido referirte su historia. ¿Quieres que te la cuente ahora?

—¿Ahora? ¿y por qué escoges este momento?

—Porque ella quizá te hará comprender lo que ignoras. Escucha:

Y Elena frase por frase y hora por hora, refirió el pasado de Consuelo, con todos sus dolores, con todas sus agonias, aunque excluyendo de aquel triste relato todo lo que pudiera hacer sospechar á Fanni que se trataba de su padre, todo lo que tenía relacion con el casamiento postrero de este.

—Y murió sola, y abandonada de todos? preguntó Fanni cuando su amiga acabó de hablar.

—Sola, y desamparada; repitió Elena.

—Y tenía esposo, y tenía padre como tengo yo!

—Su padre la maldijo y no quiso verla; su esposo le perdió el afecto porque sus almas no tenían la misma aspiracion, y la abandonó para siempre ¡ya te lo he dicho!

—Y la infeliz tuvo valor para vivir despues de haber perdido su ilusion!

—Sí, tuvo valor, porque su religion, toda dulzura, toda esperanza, le prometia un premio eterno en cambio de los dolores de algunos dias! tuvo valor porque era católica, y ninguna religion como la nuestra presta á el alma tanto esfuerzo, tanta resignacion, tanta constancia para sufrir! tuvo valor porque se amparó de la Virgen María, norte y faro y sosten de las almas tristes; ¡ay hermana mia! solo por el amor, y el culto, y la devocion de la Madre de Dios, solo por acogerse bajo su manto, pudiera un corazon tan puro y tan inmaculado como el tuyo abrazar la fé de su Divino Hijo. Nosotros, amiga mia, la llamamos madre del huérfano, auxilio del desgraciado, esperanza del anciano. Las madres católicas la confían sus hijos, las esposas la invocan para que embellezca su hogar; las vírgenes desposadas para que santifiquen su cariño, porque ella es la Reina del amor casto, y protege y ampara á las almas que aman.

—¡Elena!

—Ella, Fanni mia, endulzó sin duda la agonía de mi madre, ella enjugó sus postreras lágrimas, ella fué su consuelo cuando todos la desampararon, y su nombre bendito fué quizás el último que pronunció su lábio, mezclado con el mio, para confiarme á su ternura!

De los ojos de Elena brotó un torrente de llanto arrancado acaso de su pecho por los recuerdos del pasado, ó quizá por los dolores de su triste presente.

Fanni lloró con ella porque la amaba, y por que en la voz y en el rostro de su hermana habia tal sentimiento que, sin saber por qué, se trasmitia á su corazon.

—Oh, murmuró al cabo la hija del banquero, ¿por qué has evocado estas memorias?

—Porque queria á toda costa librarte de la suerte de mi infeliz madre; porque quiero que no pruebes la amarga copa que ella apuró.

—Dios mio, Dios mio, comprendo lo que dices, y quisiera.... pero mi padre....

—Tu padre! tu padre, Fanni... oh! nó: él no se opondrá á tu salvacion, si tú lo deseas, y quizá solo espera una palabra tuya, para elevar al cielo una súplica de su alma.

Fanni empezó á vacilar.

Su amor por un lado, los ruegos de aquella niña por otro.

El recuerdo de la historia de Consuelo, y su doloroso ejemplo.

Dios que acaso queria iluminar aquella alma inocente y elevada; todo, todo parecia ejercer en ella una influencia irresistible y poderosa, y todo, todo parecia querer conducirla al bien.

¡Hasta el hermoso cielo de nuestra España trasparente y diáfano y claro como las sublimes verdades divinas, parecia influir en su ánimo, elevando su espíritu á Dios!

Oh! es que en el noble suelo de España, á la luz de su sol, al calor de sus brisas, no se concibe otra religion ni otro culto, que la religion y el culto católico, latiendo lleno de vida en sus templos, en sus monumentos, vagando en su atmósfera, ardiendo en el alma de sus entusiastas hijos.

Las nieblas de la tristísima Albion, opacas y densas como el error en que viven sus moradores, en nada se parecen á la serena y pura claridad de nuestro suelo, iluminado por la suave luz del Evangelio.

Oh! el alma ardiente y apasionada de Elena debia por fuerza ejercer un dominio absoluto en la de Fanni, y arrastrarla en pos de sí por la senda de la verdad.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.